



Cómo ganar una huelga **CONTRA UNA EMPRESA EN CRISIS**

Nos dicen que nada podremos hacer frente a los cierres salvo bajar aun más nuestros ingresos y aceptar peores condiciones de trabajo ¿No vale de nada luchar? Para saber qué funciona y qué no, hay que entender algunas cosas sobre qué es y cómo funciona hoy el capital.

LEE, DISCUTE Y COMPARTE

LO QUE EL CAPITAL **FUE**

Allá por el siglo XIX la mayoría de los capitalistas eran individuos que invertían capital de su propiedad personal o familiar en una fábrica o taller. Eran dueños y patrones. Cuando se enfrentaban a una huelga sabían que cuanto más durara más se devaluaría la empresa, que era su patrimonio. En un primer momento una huelga se reducía para ellos a un cálculo de rentas: se trataba de comparar cuánto se reducirían sus beneficios futuros por mejorar condiciones de trabajo y aumentar salarios, frente a cuánto perdería por efecto del parón en la producción. Si la huelga duraba lo suficiente y mostraba fortaleza, lo «racional» desde el punto de vista del capital, era ceder.

De ahí las «cajas de resistencia» y las huelgas interminables en una sola empresa. En ese momento, la mayoría de los capitales eran «individuales» y la gran mayoría de los intereses de los trabajadores se dirimían en huelgas «individuales» de empresa. La clase trabajadora aparecía como tal para los capitalistas, pendientes de los salarios medios y de la presión agregada de las huelgas individuales.

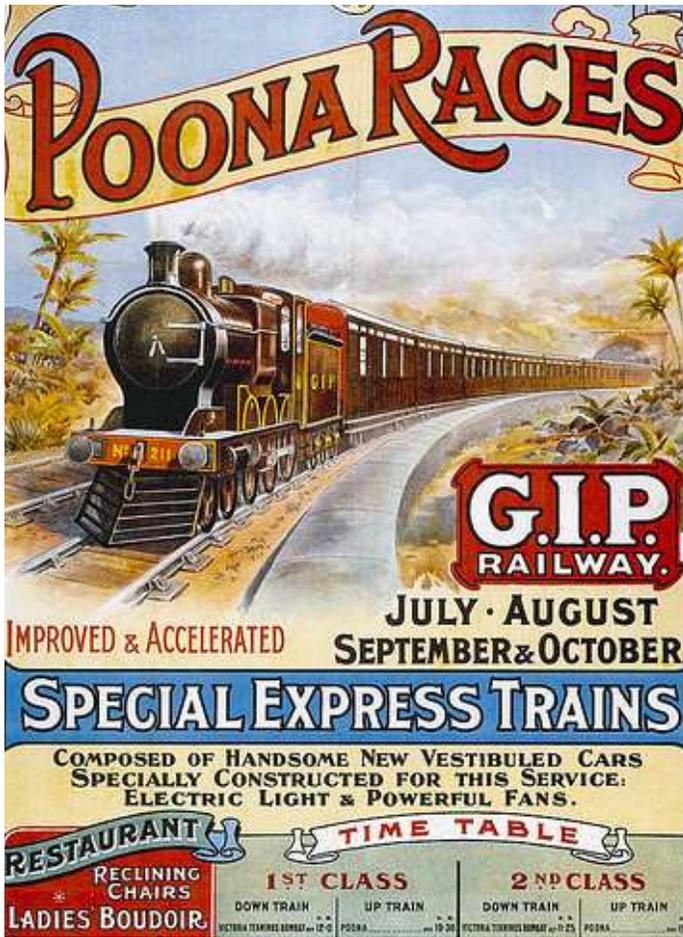
Solo en algunas luchas «políticas», como la batalla por las 40 horas semanales o el sufragio universal, tenían sentido consignas, movilizaciones y huelgas del conjunto de la clase.



En ellas los trabajadores luchan juntos por encima de las divisiones de empresa porque atacan condiciones generales de explotación, apareciendo como «clase para sí», es decir, ante sí mismos. Esta última era la lucha de clases en su plena expresión.

La diferencia entre unas luchas y otras no expresaba dos «niveles de consciencia», el «sindicalista» al que supuestamente podrían llegar los trabajadores por sí mismos, frente al «político» o «socialista», para el que necesitaban un partido que organizara grandes movilizaciones a escala nacional. Expresaba los planos y las formas en los que se organizaba el capital frente al que tenían que imponer la lógica de las necesidades humanas. En un plano se enfrentaban a capitales individuales, en otro al aparato del estado que regulaba las condiciones generales de su explotación.

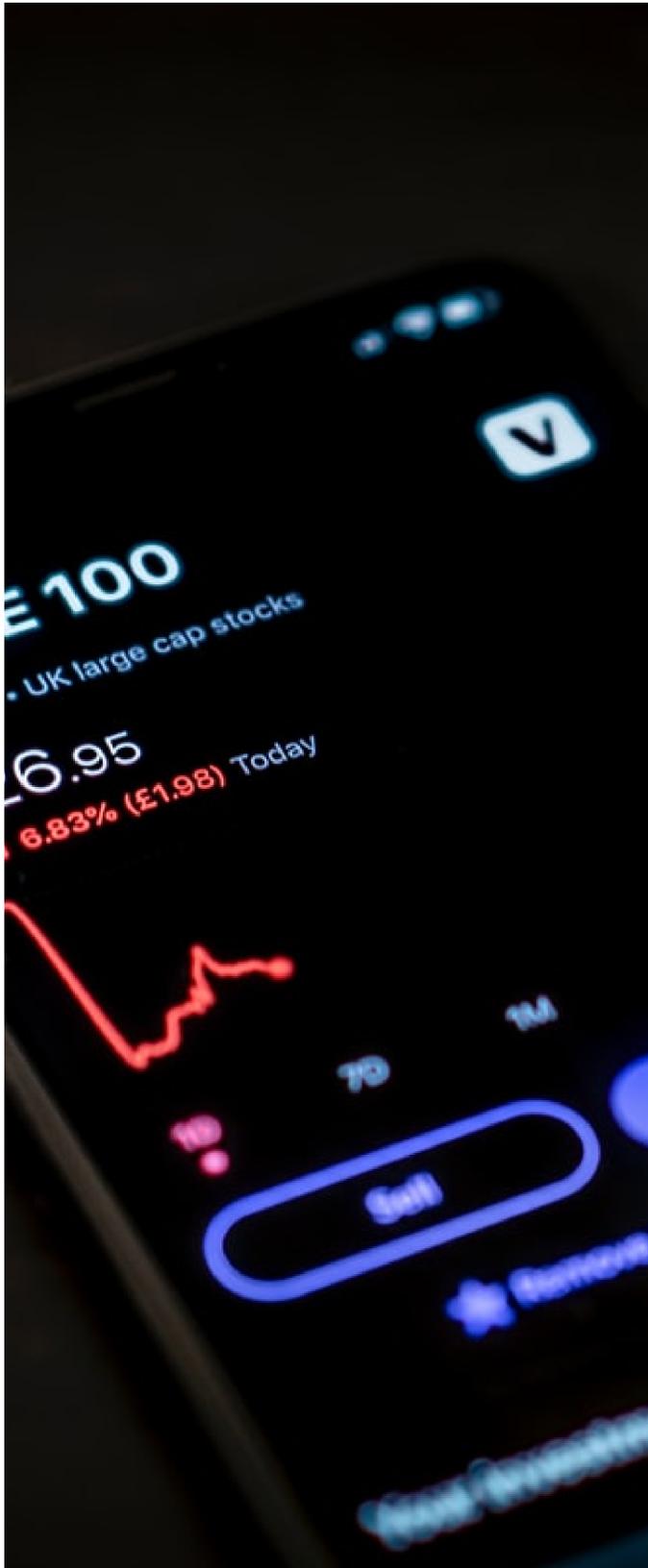
LO QUE EL CAPITAL **FUE**



Por otro lado, en un mundo en el que los mercados solo dejaban de crecer en breves periodos de crisis, las concesiones a los trabajadores podían compensarse a medio y largo plazo con nuevas inversiones para comprar máquinas más avanzadas que permitieran producir más con el mismo número de trabajadores. Por supuesto, la ganancia unitaria se reduciría, pero la pérdida de margen en cada venta se vería compensada por más ventas. A largo plazo y de manera agregada, la lucha de los trabajadores impulsaba que las cosas fueran «más baratas» y asequibles y que los salarios dieran más de sí.

Esa necesidad de más capitales y más mercados fue el motor del capitalismo ascendente, la era dorada y progresiva del capital. Pero también modificó la organización del capital. Al subir la cantidad de capital necesaria para abrir una fábrica o una mina, se extendió en el mundo industrial el modelo de las sociedades por acciones (las sociedades anónimas) que hasta entonces se había concentrado en las grandes obras públicas, los transportes y las comunicaciones (ferrocarril, telégrafo, etc.). Por otro lado, al expandirse, el capitalismo fue implantándose y creando nuevos competidores en todos los continentes, los mercados empezaron a no crecer tan rápido siempre como los capitales necesitaban. Los capitalistas individuales empezaron a sentir más riesgos y en ese marco, las huelgas como un peligro mucho más acuciante. El resultado fue un paso adelante en lo que los marxistas de la época (Lenin, Rosa Luxemburgo, etc.) llamaban «la socialización de la burguesía». En trazo grueso y por hacerlo corto: los dueños de las fábricas cambiaron sus empresas por acciones de los bancos, convirtiéndose los consejos de administración de estos en verdaderos centros de planificación del capital. Empezaba la fase imperialista y despuntaban todas las tendencias que dan forma a etapa histórica actual.

LO QUE EL CAPITAL ES



Al frente de las empresas y las fábricas ya no están los propietarios, sino gestores que administran los intereses del capital en esa aplicación concreta. Estos gestores forman una capa específica: la gran burguesía corporativa.

Sería imposible para ellos conocer a todos los propietarios legales del capital que administran. ¿Cuántas veces al día cambian de manos las acciones de Volkswagen o de Santander? ¿Cuántos miles de rentistas hay bajo cada fondo?

Esta nueva forma de la burguesía, heredera de las viejas clases dominantes, se relaciona con otros como ellos que a su vez gestionan macro-fondos y bancos, accionistas «estratégicos» que esperan perdurar más en el accionariado y que buscan por ello obtener «sinergias», es decir, beneficios más allá del dividendo, para el conjunto de los capitales que gestionan.

Y todos ellos se relacionan íntimamente con el estado a través de la alta burocracia y los dirigentes políticos. Porque el «negocio», cuando los capitales se mueven tan rápido y a golpe de expectativas que varían con cada noticia, depende directamente de las condiciones generales de explotación.

LOS SINDICATOS HOY



Si el capitalismo se ha reorganizado así es, ante todo, como una forma de blindarse ante la tendencia permanente a la crisis, pero también ha cambiado su capacidad de respuesta frente a las huelgas y luchas de los trabajadores. Y ambas cosas se unen en cada batalla concreta.

Si en una empresa, las exigencias de los trabajadores obligan a modificar las condiciones amenazando con reducir las ganancias por debajo de la media regional o sectorial, los gestores saben que el capital marchará inmediatamente y que posiblemente eso haga que las posibilidades de recuperar o ganar nueva rentabilidad capitalizándose sean menores. Por otro, la demanda global tiene dificultades crónicas. No basta con «ponerse al día» comprando nueva tecnología que permita producir más con la misma cantidad de trabajo porque... es posible que no haya a quién venderle la producción extra obtenida.

¿Qué hacen los sindicatos?

Primero aceptan la lógica de los gestores -no dejan de serlo ellos mismos- y nos dicen que «sin rentabilidad no hay empleo». Y con la rentabilidad del capital como bandera hacen suyas las reivindicaciones de los gestores frente al estado, es decir, piden un «tratamiento especial» para los capitales invertidos en la empresa: sea pidiendo al estado que venda los productos de la fábrica o privilegios en el coste de materias primas. Los trabajadores se convierten así en una mera herramienta de presión de los gestores para sobrevivir en la competencia por atraer capitales.

Tienen razón cuando dicen que sin rentabilidad el capital tarda segundos -a veces menos- en marchar a otra aplicación más productiva. Pero no es verdad que la consecuencia de eso deba ser aceptar la supeditación de los trabajadores al beneficio y el éxito de los gestores.

LAS HUELGAS HOY

Desde principios del siglo XX, cuando el capital empezó a tomar cada vez más la forma que conocemos actualmente, comenzó a emerger una nueva forma de lucha en la que ya no se distinguía la reivindicación de empresa de la lucha por transformar las condiciones generales de explotación.



Una nueva forma de lucha que respondía a una situación -la nuestra- en que con un capital cada vez más «líquido», las condiciones de trabajo de cada grupo de trabajadores dependía cada vez más de las condiciones generales que aplican a todos los centros de trabajo.

La nueva forma de lucha planteaba una escala más cercana a aquella en la que el capital jugaba. La huelga en vez de «resisitir», se expandía «horizontalmente» de una empresa a otra en el territorio.

De hecho las huelgas se extendían y organizaban no solo en fábricas o empresas, sino en los barrios, agrupando a todos los trabajadores dispersos en las pequeñas empresas, la precariedad, el desempleo y la informalidad.

La organización, por tanto, aun si hubiera seguido teniendo sindicalistas entre sus animadores ya no podía ser sindical tampoco: solo eran funcionales asambleas coordinadas por comités de delegados elegidos por ellas.

¿POR QUÉ «TRAICIONAN» LOS SINDICATOS?

El negocio de los sindicatos no es ayudar al desarrollo de las luchas. Su negocio es mediar la venta de fuerza de trabajo. Sus dirigentes cobran por organizar y cualificar la fuerza de trabajo en esa compraventa, igual que un directivo cualquiera de «Recursos Humanos».

Por eso los sindicatos suplantán la organización de los trabajadores para la lucha por su propia organización corporativa de las negociaciones. Encauzan así las huelgas hacia un terreno que organiza el mercado de trabajo, no la lucha por las necesidades universales de los trabajadores. Con el sindicato no se puede llegar más allá de lo que permite el juego trucado de oferta y demanda.

DÓNDE ESTAMOS HOY



En cada empresa nos enfrentamos a un capital global que no está atado por lo que ocurra en ella y que exige ciertas condiciones de rentabilidad para mantener los puestos de trabajo. La rentabilidad es la pelota que los sindicatos toman y ponen en nuestro tejado para que demos apoyo a los intereses particulares de los gestores del capital en tal o cual empresa.

Miremos dónde nos deja la extensión de la huelga sobre el territorio: el capital no tiene donde ir dentro de él, teme que el ejemplo se expanda saltando fronteras; las condiciones generales de explotación son ahora su problema y el del estado. La huelga pone al capital en su conjunto donde en otro tiempo puso al capitalista particular.

EL SINDICATO Y SU FORMA DE ORGANIZACIÓN

ya no están alineados con las necesidades de las luchas concretas, son incapaces de sacarnos del atasco del aislamiento. Es más, hacen lo contrario: nos tiran la pelota de la rentabilidad de un capital que no es nuestro y que vive de nuestro trabajo.

HACIA DÓNDE IR HOY



La lucha de clases es algo demasiado importante como para quedar atada en «tradiciones» o formas obsoletas.

Nuestras vidas y el futuro de nuestras familias dependen de ella. Basta con la memoria de las generaciones que hoy están trabajando para darse cuenta de que la lucha aislada en la empresa, los paros sectoriales, el «diálogo social»... solo han conducido a una espiral de precarización y a la impotencia frente a los cierres de plantas y empresas.

La diferencia, típica del siglo XIX, entre luchas «sindicales» y luchas «políticas» ha desaparecido, se ha hecho imposible de repente. O se lucha como clase, por encima de las divisiones de plantillas, empresas, convenio, etc. o se estará siempre a merced de unas condiciones generales de explotación fijadas por la competencia entre capitales, en un marco en que al capital no le cuesta demasiado prescindir de las empresas -y trabajadores- que estén por debajo de la media de ganancias esperadas.

EMANCIPACIÓN



WEB: EMANCIPACION.INFO
BLOG: ES.COMMUNIA.BLOG